



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Introducción, selección y edición
de Constantino Bértolo

Ojo Crítico

Las Peores Críticas a los Mejores Autores

Ediciones  UACH
Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de


OJO CRÍTICO

Las peores críticas a los mejores autores

Introducción, selección y edición de Constantino Bértolo


se terminó de imprimir en agosto de 2020

en los talleres de Andros Impresores

 (2) 25 556 282

www.androsimpresores.cl

para Ediciones Universidad Austral de Chile

 (56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Imagen de portada

Retrato de Giuseppe Baretta, intervención sobre un óleo de James Barry

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2020

© Constantino Bértolo, 2020

ISBN 978-956-390-122-1

*Para Ignacio Echevarría,
con afecto y admiración.*

CONTENIDO

La crítica literaria: 9

Quien tiene boca se equivoca

Nota sobre la presente edición 29

Ojo crítico 37

Índice de autores 193

Índice de obras 199

LA CRÍTICA LITERARIA:

Quien tiene boca se equivoca

El libro que tiene usted en sus manos es, a su modo, una antología del disparate. Al menos, eso es lo que parece. Ciertamente escuchar —leer— cómo Zola pronostica en 1857, refiriéndose a *Las flores del mal*, que «Dentro de cien años, los libros de historia de la literatura francesa solo mencionarán esta obra como una curiosidad», o cómo Ortega y Gasset define a Paul Valéry como una mente pobre con un exiguo caudal de cosas que decir, tiene mucho de crueldad y sin duda los lectores podrán pasarse un buen rato viendo los errores y tonterías que el ejercicio de la crítica ha dado lugar en tantas y tantas ocasiones. Servirá también este repertorio de consuelo para muchos escritores que han visto, ven y verán cómo sus obras son descalificadas por los críticos que les han caído en fortuna. En ese sentido es un libro consolador, pues al fin y al cabo si *Le Figaro* de 1857 decía que monsieur Flaubert no era un escritor, no hay razón para no esperar que cualquier crítica negativa actual acabe con los años por ocupar su lugar en libros semejantes a este.

Muchos de los comentarios que aquí se reúnen harían enrojecer de vergüenza a sus autores y llenarán de satisfacción a todos los que piensan que la crítica literaria es, cuando menos, una estupidez. Personalmente, sin embargo,

creo que los ejemplos de error que este libro reúne confirman las glorias y las miserias de la crítica. La miseria que supone el no acertar, la gloria que conlleva el atreverse a fallar.

La consideración global y social que la crítica y los críticos reciben no puede decirse que sea muy satisfactoria. Enanos, eunucos, impotentes, venales, burros, ignorantes, parásitos, escritores frustrados, amargados, rencorosos, resentidos, envidiosos, comemigajas literarias, chupababas, plumíferos, asnos eruditos, miopes, pelotas, bellacos, ratas de biblioteca, gacetilleros, burriciegos o analfabetos son algunos de los piropos que a lo largo de los siglos han estado mereciendo y en verdad que podría suponerse, a la vista de tales atributos, que quien se dedica a tal tarea debe hacerlo por no poder hacer otra cosa. A pesar de todo, los críticos y la crítica siguen existiendo, y este solo hecho parece demostrar que su tarea es todavía necesaria.

¿Qué es lo que hace un crítico literario? La respuesta es fácil y compleja al mismo tiempo. Lee un libro y opina sobre él. En ese sentido hace lo mismo que cualquier lector. La diferencia reside en que su opinión es pública y tiene por tanto una repercusión distinta cuantitativa y cualitativamente a la del comentario de un simple lector. Cuantitativamente porque su juicio llega a un público más o menos amplio según sea mayor o menor la difusión del medio en que lo emite. Cualitativamente porque su gusto o disgusto crean o pueden crear opinión.

La mayoría de la gente que conozco piensa que los críticos leemos —ya habrán adivinado que me encuentro entre ellos— de manera diferente a como lo hace el común de los mortales o el exquisito grupo de los inmortales: los escritores. Detrás de este pensamiento hay algo cierto y luego trataré de explicarlo, pero se esconde un juicio

equivocado: la lectura que hace el crítico no tiene nada que ver con la que hacen los lectores. Leer es un acto cultural del que todos participamos —todos los que leemos, claro— de manera semejante. Abrimos un libro y entramos en lo que alguien nos cuenta. Según vamos leyendo nos va gustando, o no, lo que estamos leyendo. Si no nos gusta podemos dejar de leer o continuamos haciéndolo bien porque somos masoquistas o bien porque, a pesar de todo, tenemos interés en ver cómo acaba aquello. Cuando cerramos el libro hacemos un juicio global: me ha gustado mucho, me ha gustado algo o no me ha gustado nada. La diferencia entre un crítico y un lector normal está en que el lector común no necesita ir más allá de este primer juicio, mientras que el crítico, que debe hacerlo público, tiene que pasar de este primer juicio a una reflexión sobre sus causas: por qué me ha gustado mucho, poco o nada. En este segundo paso parece residir la diferencia que la gente encuentra entre la lectura de un crítico y la lectura común. Se tiende a pensar que el crítico busca *a posteriori* las razones y que más que buscarlas acomoda a ellas su lectura. Creo que eso no es cierto. Imagínese el lector que cuando termina de leer un libro alguien le pregunta su opinión sobre él. Me ha gustado, responde, y su interlocutor le pregunta por qué. Si el lector cree que hablar o comunicarse con alguien merece la pena no se limitará a contestar un mero porque sí o un cómodo «El gusto no puede explicarse». Tratará de buscar las causas de su juicio y para ello tendrá mentalmente que recordar y resumir sus impresiones sobre lo que estuvo leyendo. De alguna forma volverá mentalmente a releer el libro para encontrar esas razones y en razón de esa memoria de la lectura argumentará que los personajes le parecen muy bien contruidos, las frases muy bonitas y el tema interesante. No otra cosa hace el

crítico. La diferencia entre la lectura del crítico y la lectura del lector no se encuentra ahí. La diferencia reside en que el crítico, ya durante la lectura, sabe que va a tener que hacer esa relectura que el juicio requiere y por tanto se fija más, es decir, a la lectura que llamaremos en principio pasiva o inocente superpone otra lectura crítica. La gente tiende a suponer que esa superposición anula la lectura común sin darse cuenta de que, en realidad, lo que hemos llamado lectura pasiva conlleva también una lectura crítica, pues durante el proceso de lectura se van emitiendo juicios de manera continua. Es más: el hecho de pasar las páginas es en sí mismo un juicio pues significa aceptar lo leído y suponer que lo que sigue también va a merecer la pena. El lector normal pasa las páginas, salvo que peque de masoquista o una fuerte presión exterior actúe sobre él, en base a que sus juicios van siendo positivos. En el caso del crítico la actitud es diferente porque, aun no siendo masoquista, está obligado a continuar hasta el final la lectura del libro aunque sus juicios durante la misma sean negativos. Que esté obligado a leer el libro entero no significa que esto siempre se realice. Personalmente creo que la lectura total es lo mínimo que se le debe exigir al crítico, pero no está mal recordar que cuando este reproche se le hizo con fundamento a Clarín, este respondió cruelmente a su autor que si uno va por el campo y detrás de una tapia ve un par de orejas peludas y escucha un rebuzno no es necesario saltar la tapia para saber que se trata de un burro. Quiero decir, en todo caso, que la lectura que efectúa el crítico se distingue por una mayor intensidad —o debería distinguirse—, por una atención que nace de las exigencias de su propio trabajo pero que en definitiva no varía cualitativamente de la que hace cualquier lector, pues todo lector es un crítico aunque no ejerza públicamente. Al

lector le basta con decir esto me gusta o no me gusta. El crítico está obligado a explicarse y a explicar por qué. Y en ese sentido la crítica al crítico no debería residir tanto en su acierto o no como en si ha sabido o no ha sabido fundamentar su opinión.

Otro problema latente que se advierte detrás de la desconsideración hacia el crítico proviene de la justa pregunta que puede hacerse sobre quién le ha dado vela en este entierro y, en definitiva, quién es él para atreverse a opinar públicamente. Esta pregunta requiere una doble respuesta: el porqué de la crítica y el porqué del crítico concreto. Criticar es cosa de siempre. Caín criticaba a Abel y Yhavé criticó duramente a Caín. Sabemos que ya en el mundo griego los escritores se criticaban con pasión y denuedo. Todo el teatro de Aristófanes contiene críticas a sus contemporáneos y el buen Sócrates hubo de aguantar en ese sentido más de una rechifla, del mismo modo que el Sócrates de los *Diálogos* de Platón es básicamente un crítico: alguien que se cuestiona lo que dicen los otros. La recompensa final que se mereció el protocrítico bien sabemos cuál fue: la cicuta, un honor que muchos escritores o editores le otorgarían con gusto a muchos críticos de hoy. Pero la crítica literaria es un descubrimiento moderno.

Conviene, llegado este momento, distinguir entre unas clases de crítica y otras. Sin meternos en muchas zarandas puede decirse que existen dos clases de crítica: la universitaria o académica y la de batalla o la que se ejerce en los medios de comunicación. La primera, dejando aparte a los clásicos, se remonta al mundo del Renacimiento y está ligada a la Retórica, a la contemplación de las obras según los modelos de los clásicos, y desde siempre ha tendido más al comentario iluminador o revelador que al juicio concreto, lo cual no significa que, como puede comprobarse

en alguno de los ejemplos que en este libro se recogen, esté libre de errores. Los académicos del siglo XVIII opinaban y argumentaban que Shakespeare o Calderón o Lope de Vega eran unos mastuerzos que no sabían escribir y, desde su punto de vista, desde lo que ellos opinaban que era buena o mala literatura, no les faltaba razón. Podemos decir que no tenían ni idea y nos estaríamos equivocando nosotros. Precisamente porque tenían ideas se equivocaban. Podemos decir que sus ideas estaban equivocadas pero no que ellos se equivocasen. Tener ideas previas sobre lo que es o no es buena literatura es otro de los defectos que, como veremos, se les imputa a los críticos.

La crítica de batalla nace ligada a los medios de comunicación y al mercado y, con más o menos flexibilidad, su nacimiento se remonta al siglo XVIII. Es entonces cuando, con la expansión de la imprenta y la aparición de un público lector amplio, nace este extraño fenómeno que llamamos la crítica. Esta nace de una necesidad de poner orden y como el orden es un concepto que cada uno rellena con el significado que quiera darle, la crítica emite juicios de valor que sirven para orientarse. Desde el momento en que la aparición de los libros deja de ser algo raro, las ediciones se acrecientan y en el mercado la oferta literaria se amplía, parece necesario que alguien diga qué es lo que merece la pena y qué es lo que no merece la pena. Ese alguien es la crítica.

Pero como la crítica no se ejerce en el vacío, con ella viene el crítico. Y si bien todo el mundo parece estar de acuerdo en que la crítica es algo necesario, las cosas se complican cuando aparece su figura, pues todos se preguntan, y con razón, basándose en qué el crítico se arroga su papel.

Generalmente al crítico se le legitima en función de que reúna dos supuestos: que tenga gusto y que lo manifieste

honradamente; es decir, se le exigen dos aptitudes procedentes de ámbitos totalmente distintos. Una es de carácter estético: que sepa discernir lo que es buena o mala literatura. La otra es de carácter moral: que sea honrado. Si ustedes se fijan en la mencionada ristra de palabrejas con la que suele insultárenos, comprobarán que los improprios también responden a estos dos ámbitos. En esa dirección lo peor que se le podría decir a un crítico es que es un corrompido y además un corrompido que no sabe nada, y lo mejor sería decirle que es un sabio porque esta palabra parece encerrar o aunar ambos ámbitos: el ético con el estético.

De esas dos cualidades la más fácil de aclarar parece ser la que se refiere a la moral, pues la honestidad se asemeja a ser algo que se puede medir o reconocer. Lo de tener gusto ya es más difícil y no precisamente porque sobre el gusto no haya nada escrito. Sin duda que podría llenarse todo un estadio de fútbol con los montones de libros, folletos y hojas que la cuestión sobre el gusto ha dado lugar. Tener o no tener gusto es una prenda muy difícil de discernir y en realidad esa exigencia se convierte en la práctica en algo muy diferente. Un crítico tendrá más o menos gusto según lo comparta en mayor o menor medida con el conjunto de la sociedad, con el público y, sobre todo, con los que tienen capacidad para determinar las normas de lo que es o no es tener gusto. Aquí, como habrán comprobado, la pescadilla se muerde la cola pues el crítico, que es quien impone o determina el gusto, está a su vez determinado por los otros detentadores de esa capacidad. Para intentar salir de este círculo vicioso se han buscado dos caminos. Uno es encontrar una instancia que se presupone objetiva y que está en disposición de otorgar la patente del gusto. Se supone, por ejemplo, que quien haya estudiado literatura está en

condiciones de juzgar sobre sus productos. Por desgracia el supuesto no siempre se cumple, pues ya se sabe que un título no es prueba de nada. En cualquier caso se presupone que el crítico es alguien que debe estar familiarizado con la historia de la literatura, pues es ese conocimiento lo que le permitirá comparar, discernir y enjuiciar. «Leer es haber leído», decía Leo Spitzer y no le faltaba razón, aunque también se ha escrito que un necio que lee libros no se convierte en sabio sino que multiplica su necedad. La cosa se complica más si pensamos que saber de y tener gusto no parecen cosas idénticas. Un erudito sabe mucho y puede tener un gusto malísimo. Quisiera en cualquier caso recalcar que, a pesar de la mala fama de los eruditos, la erudición no tiene por qué ir acompañada de la pérdida del gusto y, muy al contrario, parece muy difícil poseerlo si no se poseen unos conocimientos mínimos.

Para no aburrirles con estas disquisiciones sobre el gusto y la estética, creo que es mejor tomar un camino más práctico. Un crítico es alguien que lee libros y opina sobre ellos desde un medio de comunicación o desde una cátedra. Centrándonos en los primeros, el hecho decisivo es que alguien les concede o les ofrece la posibilidad de hacer públicas sus opiniones. Ese alguien es el medio de comunicación, en abstracto, y el dueño del medio o su redactor jefe o director, en concreto. Por qué le concede a un crítico determinado esa prerrogativa es una cuestión muy compleja. Las excelencias de un expediente académico o la recomendación de una amiga de la mujer pueden ser, ambas, respuestas plausibles. Si esa confianza se mantiene, adquirirá su estatus de crítico y ese mantenimiento de confianza puede ser a su vez responder a múltiples causas: el periódico ha aumentado su tirada desde que el crítico se ha incorporado a él (es un supuesto imaginario), los lectores

escriben cartas al director alabando su trabajo (otro supuesto imaginario), entrega los encargos con puntualidad (una virtud extremadamente celebrada), no crea problemas con los editores que se anuncian en el periódico o, más simplemente, al director o al redactor jefe le parece bien lo que dice. Que les parezca bien lo que dice no es exactamente lo mismo que el que estén de acuerdo con todo lo que opina, si bien tiene mucho que ver con ello. En definitiva, y a lo que íbamos, el crítico no se legitima por sí mismo, sino que su legitimación le viene de fuera. Algo que por otra parte le ocurre a cualquiera. Cuando un ingeniero proyecta un puente lo legitima que ese puente esté bien hecho y no se caiga. Si se cae, lo despiden. Los puentes del crítico no se caen pero debe tener cuidado de todas formas. Si mete la pata puede perder su legitimidad. Los malos ingenieros suelen gastar cemento en exceso para cubrirse las espaldas. Los críticos, por las mismas razones, procuran no hacer juicios muy radicales. Vemos por tanto que al crítico alguien le ha dado vela en este entierro y en realidad es ese alguien el que debería ser juzgado más allá de la propia labor del crítico, y lo es. El público habla en principio de la crítica literaria de tal o cual periódico o revista —y solo cuando con el paso del tiempo el crítico cobra el renombre que el medio ha delegado en él— la crítica al crítico se personaliza. Con todo lo cual hemos traspasado la pregunta pero no la hemos respondido: ¿quién le ha dado vela a los medios para meterse en este entierro? Los medios informan y opinan y por ambas vías se justifica su necesidad de hacer crítica literaria. El público necesita saber qué libros aparecen en el mercado y los medios satisfacen esa demanda. Si no realizasen esa labor, tan solo las editoriales más poderosas, aquellas que pudiesen financiar la publicidad, podrían dar a conocer sus

productos. Por otra parte, limitarse a informar, petición que algunas veces se escucha, resultaría absolutamente imposible. Con más de cinco mil títulos literarios que salen cada año al mercado es imposible limitarse a recogerlos todos. Informar sobre unos cuantos es entrar ya en la opinión aunque las reseñas o comentarios fueran estrictamente descriptivos. Además es imposible informar sin valorar y por si eso no fuera suficiente los medios también quieren crear opinión. Por las razones que sean, económicas, políticas o personales, los medios se hacen presentes en la sociedad y quieren actuar sobre ella. La vela que se les ha dado a los medios de comunicación, o que ellos han cogido, es una vela fundamental en nuestro sistema de vida. Cumplen el importante papel de intermediarios entre el mundo de la producción y el mundo del consumo. Su papel es básico en la circulación de mercancías, y los libros, se quiera o no, guste o no, son, entre otras cosas, una mercancía. La importancia cultural de los medios es algo de lo que nadie puede dudar. Desde sus páginas literarias contribuyen, como mediadores, a la formación, expansión o eliminación de determinadas sensibilidades, de los referentes colectivos de carácter simbólico sobre los que cuajan las subjetividades colectivas (y, por tanto, las subjetividades individuales) y los imaginarios sociales. Este papel lo cumplen a través, entre otros instrumentos, de la crítica literaria personificada en aquellas opiniones que publican por medio de los críticos. No se olvide que en la mayoría de los casos es el medio, vía director, redactor o coordinador cultural, el que selecciona los libros que se habrán de comentar. Selección que desempeña un rol decisivo, pues es sin duda uno de los filtros más importantes que un libro ha de pasar en su camino hacia el público. Y en esta selección operan factores de carácter muy diverso,

desde los meramente económicos (publicidad de las editoriales y su correspondiente presión) hasta los estrictamente literarios (valor literario que a su vez predeterminan los responsables del medio).

Todo esto no niega la autonomía del crítico a la hora de realizar su trabajo, pero delimita el marco en que debe llevarlo a cabo. En ese sentido está claro que parte muy importante de lo que su tarea podría conllevar no está en sus manos. Decidir, por ejemplo, qué libro debe ser comentado y con qué tratamiento debe aparecer en el medio. El lector común no es consciente muchas veces de la relevancia del tratamiento. Editores y escritores que conocen las leyes de la comunicación suelen fijarse con atención en detalles que para un lector neutral carecen de significado: la extensión del comentario, la página en la que aparece (par o impar, primera o tercera), con foto del autor o sin foto, con reproducción de portada o no. El grado en que el crítico puede intervenir en estos aspectos depende de su ascendencia dentro del medio, la cual, a su vez, está en relación con el prestigio público que ese crítico haya logrado.

Entramos así en el ámbito de lo ético. La honestidad es una cualidad que todos reclaman del crítico, como no podía ser menos. Hemos dicho antes que determinar en qué consiste lo honesto no parece una tarea difícil. En la práctica, sin embargo, la cuestión se vuelve más vidriosa. Está claro que la honestidad pasa por decir la verdadera opinión crítica que un libro ha merecido. Uno de los comentarios más extendidos en contra de los críticos proviene de la sospecha de que esto no es siempre o, casi nunca, así. Se dice que la objetividad está perturbada o, peor todavía, que la opinión publicada responde a intereses espurios. De entre esos intereses se habla mucho de la amistad u

odio hacia el autor y de las relaciones que el crítico mantiene con la editorial en que el libro se ha publicado. Del problema del amiguismo se ha venido hablando últimamente a propósito de si es lícito que un crítico comente el libro de un amigo. La respuesta en mi opinión no es fácil. Lo más socorrido sería decir que no. Se evitaría así la posibilidad de caer en la fácil tentación de mejorar la opinión bien por ver en el libro más virtudes de las que existen, bien por ocultar los defectos que encierra. Ocurre sin embargo que —al vaciar el agua de la tentación— se corre el riesgo de arrastrar la justicia al mismo tiempo, pues puede ocurrir, y ocurre, que sea precisamente gracias a la relación amistosa que ese crítico esté mejor preparado que nadie para comentar el libro en cuestión. El problema residiría en la honestidad con que el crítico hiciese la lectura del libro de su amigo. Parece sensato, a pesar de esta última razón, que el crítico se retire frente al libro de un amigo, pues no en vano los agentes públicos (no identificar con policías) no solo deben ser honrados sino también parecerlo. De todas formas tampoco conviene olvidar que una norma estricta en este terreno tampoco solucionaría el problema del amiguismo. Nada es más fácil que decirle al crítico amigo que trate con cariño el libro del amigo ni nada es más fácil que el que un autor se busque un amigo que a la vez tenga predicamento sobre algún crítico o responsable cultural de un medio. También hay que tener en cuenta que la sociedad o mundillo literario es en la mayoría de los países —y no solo en España— un grupo reducido, en el que las relaciones de conocimiento o amistad acaban con el tiempo por tejer una red de relaciones de la que pocos se escapan. Es más, existen experiencias históricas que parecen demostrar que las relaciones entre críticos y escritores son más saludables culturalmente que

un rígido aislacionismo. Piénsese por ejemplo en lo que Castellet supuso para la novela realista española o para la renovación de la poesía a través de la famosa antología de los *Nueve Novísimos*.

En puridad las relaciones amistosas entre un escritor y un crítico no tendrían por qué interferir seriamente el trabajo del crítico. Esa amistad permitiría precisamente que la crítica fuese admitida más fácilmente como un diálogo franco entre el autor y el crítico. Claro que la experiencia no parece demostrar hasta el momento que tan noble deseo funcione. Los cuentos de amistades rotas por la mala crítica de un amigo llenan la historia menuda de la literatura y más de un odio eterno ha nacido por causa de materia tan nimia. Por desgracia lo más usual es que frente a una crítica negativa —y negativa puede ser para un autor que se le ponga alguna pega o no se considere su obra como el *non plus ultra* de la literatura universal— la reacción del autor consista en estrujarse la cabeza buscando cuál es la causa de la inquina personal que el crítico tiene contra él. Y la suelen encontrar. Unas veces será cierta pero la mayoría de las veces es inventada. En cualquier caso su hallazgo es necesario para que el autor pueda curar su herida narcisista. En mi experiencia he visto lo suficiente como para comprender que no siempre esta búsqueda del mal es una mera fantasía paranoica del autor. Escritores que conjugan su actividad con la de críticos son los que más cicatrices presentan de batallas de tan baja estofa. Tú me pusiste mal mi libro y ahora te vas a enterar. No hablaste de mi libro y ahora yo no hablo del tuyo. Organizaste unas conferencias y no me llamaste. Te preguntaron sobre tus contemporáneos de mayor interés y no me nombraste. Hay ofensas para todos los gustos. Pero peor que el amiguismo es la crítica para «hacer amigos».

La presencia oculta o clara de las editoriales es otro de los factores con los que se juega al entender a los críticos como ciudadanos merecedores de toda sospecha. Aunque no se haya determinado mercantilmente cuál es la incidencia de la crítica sobre la carrera comercial de un libro, todos nos imaginamos —y seguramente alguien lo sabe de manera cuantitativa— que las críticas o reseñas son parte de la promoción de un libro. Eso no significa que sean parte de una promoción directa, es decir, que las editoriales tengan acuerdos monetarios con los medios por la atención crítica que sus productos van a recibir. A veces se ha dicho o se dice que esto es así. Aparte de que no me consta como crítico que tal hecho suceda —advierto sin embargo que hay aspectos de la crítica, ya señalados, en los que el crítico no interviene—, tal hecho me parece difícil de aceptar y no desde el punto de vista ético sino desde uno más fiable como puede ser el económico. Si un medio hiciera eso vendería su poder por un plato de lentejas, pues correría el grave riesgo de perder credibilidad y con ello prestigio (es decir, dinero). Sería un suicidio económico, pues una actitud semejante le robaría su función de intermediario, que es una de las bases sobre las que se asienta su poder. Claro que cuando se tiene hambre un plato de lentejas tampoco está mal. Se produce así un hecho curioso. Cuanto más poderoso es un medio menos tentaciones de este tipo tiene, cuanto más pequeño la tentación se agranda. Esta lectura tiene sin embargo una contracara: a veces para ser poderoso —financieramente al menos— se necesita una cierta acumulación de capital. De todas formas el capital no es tonto y no se muestra tan grosero. La publicidad que inserta en un medio puede ser un camino más sutil para llegar al mismo fin. Parece difícil pensar que una editorial que coloque una parte significativa de su

presupuesto de promoción en un medio no reciba alguna atención especial. A nadie le amarga un dulce. Esta presión sobre el medio, si actúa, lo hace básicamente sobre el aspecto de la selección y suele detenerse ahí. El crítico no recibe directamente esta presión. Creo no haber visto ni oído nunca, ni haber leído en ningún libro, un hecho de compra directa de un crítico, pero tampoco soy tan ingenuo como para pensar que esta virtud se produzca por la simple causa de que los críticos literarios, por serlo, sean más honrados que los críticos de toros de antaño de los que tanto se hablaba acerca de si recibían o dejaban de recibir sobres. Pero hay aquí también otros caminos que conducen al mismo sitio y las editoriales los conocen. Veamos: las editoriales venden libros y, como cualquier empresa, necesitan expertos que conozcan el producto y el mercado. Qué más natural, por lo tanto, que requieran el servicio de esos expertos y quién más experto que un crítico. De este modo se le ofrece la posibilidad de rentabilizar económicamente su posición y sus conocimientos en el mercado cultural. El crítico se hace así miembro del comité de lecturas de una editorial y evacúa informes de manuscritos o libros sobre los que se requiere su opinión. Los críticos son llamados para dirigir o coordinar alguna colección literaria. Los críticos son elegidos para dirigir o trabajar en alguna empresa editorial. No todos, claro, ni todos en las mismas condiciones. Unos cobran sus trabajos eventuales y otros cobran un sueldo. En principio no es un fenómeno que parezca responder a un planteamiento ético sino a una consecuencia de las propias necesidades del mercado y no voy a ser yo quien ose decir, en estos tiempos de triunfo del sistema de mercado, que el mercado conlleva corrupción. No lo digo pero es evidente que por esta vía las editoriales pueden hacer presión sobre el

crítico pues es el propio mercado quien nos dice que nadie da nada a cambio de nada. Ciertamente el crítico recibe su estipendio a cambio del trabajo concreto que realiza pero ya se sabe también que quien paga algo manda. Y hay otras vías. Las editoriales publican libros y esos libros requieren muchas veces un prólogo o un apéndice o un texto para la contracubierta y esos son trabajos que un crítico puede hacer y, por tanto, cobrar. No tienen ustedes que ir muy lejos para encontrar un ejemplo. Las editoriales presentan libros y necesitan presentadores o, simplemente, necesitan un grupo a quien presentarlos. Últimamente la moda consiste en invitar a comer a unos cuantos críticos a quienes se les presenta el libro en compañía o no del autor. También es verdad que más recientemente todavía los departamentos de relaciones públicas, promoción y publicidad —actividades que se han unificado— tienden a no invitar a los críticos. Invitan tan solo a los coordinadores o responsables de los medios en que los críticos trabajan. No son tontos los editores: saben ahorrar.

No estoy diciendo con esto que un crítico se venda porque haga un informe de lectura, dirija una colección, dirija una editorial (en este caso lo normal es concederse una excedencia como crítico), escriba una introducción o coma en un restaurante de cierta calidad a cambio de oír los encantos y virtudes de la mercancía. Dios me libre de pensar eso. Estaría entre otras cosas echando piedras sobre mi propio tejado, pero también es verdad que de vez en cuando conviene echar un vistazo a las tejas. Los caminos del infierno —aunque sean los que llevan a los infiernos pequeños— están empedrados de ciegos que no quieren ver. Las presiones existen y tampoco quiero decir que las relaciones de los editores con los críticos respondan siempre a este malicioso juicio temerario que me he permitido

hacer. En cualquier caso una cosa son las presiones, reales o imaginarias, y otra cosa es lo que cada crítico haga con ellas.

Como ustedes habrán comprobado si han tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, ni la honestidad ni el gusto son dos cualidades fáciles de identificar, pero, a pesar de todo, son dos cualidades imprescindibles que todo crítico debería poseer. Traducidas a esferas más cotidianas y asequibles tales cualidades requieren la posesión de criterios desde los que juzgar e independencia desde la que hacerlo.

Tener criterio significa poseer un entendimiento de lo que es la literatura y ejercer desde ese sentimiento sin miedo a equivocarse. Aquí, como en tantas otras actividades, el que no se moja no coge peces. Es necesario que el crítico tenga una escala de valores desde la que enfrentarse a la obra y es conveniente que esa escala se transparente en su trabajo. Cuando digo escala de valores no me estoy refiriendo a una teoría de la literatura, sino a una comprensión del mundo y de la cultura desde la que lee ese otro mundo que un libro de literatura es. Surge aquí el problema de los llamados prejuicios. Muchos parecen opinar que la mejor forma de leer es poner la mente en blanco cuando se abre la primera página del libro. Yo estaría con esta teoría de la inocencia si esta puesta en Babia de la mente se exigiese también para los actos previos a ese momento en que se inicia la lectura, es decir, para el acto de compra del libro, porque si no se dejaría un resquicio para que los prejuicios, según los que defienden esta teoría, inoculasen su maldad. Imagínense a alguien que va a comprar un libro libre de prejuicios. ¿Qué libro comprará? ¿Con qué criterio? En mi caso no es que sea incapaz de imaginarlo, es que simplemente creo que eso es imposible. No existe lectura inocente. Uno lee desde lo que es y con

todo lo que es. Uno lee los libros de amor con todas sus historias de amor a cuestas; los libros de aventura con todas sus fantasías de la propia infancia, juventud o madurez. La mente no se puede poner en blanco. Cada palabra tiene su propia biografía para cada uno de los lectores tomados de uno en uno y para cada grupo de lectores tomados por épocas, siglos o clases sociales. El conocimiento no molesta ni distorsiona la lectura, en todo caso la mejora. Quien vea una catedral gótica sin saber nada de arte verá desde su lectura ingenua —algunos confunden la ingenuidad con la ignorancia o el retraso mental— un montón de piedras unas encima de las otras. Quién sepa algo verá y reconocerá formas, es decir, sentidos, significados.

La independencia no es solo una cuestión de honradez con respecto a las posibles tentaciones ya señaladas. Es mucho más. Es conocer y preguntarse sobre el significado del trabajo que se realiza como crítico y entender los límites y las posibilidades que se tienen delante. Las tentaciones del crítico no son tan simples como las señaladas, al menos las más difíciles de sortear no son esas. Más peligroso es no reconocer que el crítico es un intermediario que se mueve a la vez en el mundo de la lectura y en un mercado. Es necesario saber y aceptar que el propio desarrollo de la actividad conlleva una faceta mercantil que afecta o puede afectar a su trabajo. El crítico, que no es ni tiene por qué ser un santo, sabe consciente o inconscientemente (en este último caso o es tonto o se lo hace) que su quehacer se produce dentro de un mercado y que, por lo tanto, le es necesario convertir su trabajo en mercancía y, lo que es más importante, él mismo, en cuanto productor, como crítico en este caso, se verá constreñido a convertirse en mercancía, es decir, a adquirir prestigio, legitimidad, reconocimiento, valor de uso y valor de cambio. La tentación

del crítico es intentar conseguir estas metas que el propio mercado le impone por medios ilegítimos: halagando a los poderosos, subiendo el tono con los débiles, alabando el sol que más calienta, no molestando a quien no se debe molestar, mezclando el interés espurio con la amistad o callando cuando el silencio sea lo más diplomático, es decir, teniendo miedo, o peor, haciendo rentable ese miedo. Identificando la objetividad con el nadar y guardar ropa, la imparcialidad con el cinismo o el oportunismo, la falta de criterio con la servidumbre y el acomodo, o la argumentación con la defensa de su propio estatus. Jugando a ser incoloro, inodoro e insípido para poder servir de mezcla a todos los vinos que se sirven en la mesa. Disfrazando el juicio de prudencia social. Llamando humildad al temor de perder el poder. El riesgo del crítico es el miedo, el miedo al poder, al suyo, que es poco pero es poder, y al de los otros, que siempre es mayor que el suyo.

El peligro para un crítico no proviene de que sea un escritor frustrado. La frustración no es un peligro sino un horizonte. Su verdadero peligro es convertirse en un crítico frustrado, en un mero apéndice del aparato cultural establecido, en un rampante más de la escalera del prestigio, en la boca agradecida del mercado editorial. En un crítico que no critica.

El crítico es un libro frustrado y eso es lo que precisamente lo hace semejante al escritor. Unos y otros, escritores y críticos, buscan un libro perfecto, redondo, exacto, que lo tenga y contenga todo: el gozo y la vida, el misterio y la alegría. Los dos buscan un libro que todavía no existe y que acaso nunca existirá. En ese sentido los dos son seres frustrados pero es la búsqueda lo que da sentido a su trabajo. Y en esa búsqueda no están solos. El lector los acompaña.

El libro que ustedes tienen delante es una buena prueba de que en esa búsqueda acecha el extravío. Al leerlo se sonreirán y hasta llegarán a reírse a carcajadas. Muchos de los juicios que en este texto se reúnen nos parecen hoy incomprensibles y para muchos serán la prueba, una vez más, de que los críticos son unos imbéciles o unos canallas. No cuesta trabajo encontrar ejemplos, entre los que proponemos, en los que es fácil adivinar el juicio manipulado por la envidia, el juicio enceguecido por una visión del mundo que solo acepta la existencia de un entorno que coincida con el propio, o juicios en los que se ve clara la mano del miedo. Pero de todas formas esta colección de críticas equivocadas no deja de tener su grandeza. Estos profesionales al menos se han atrevido a tener opinión, a decir lo que piensan. Estas «frases lapidarias» son además la prueba de que la crítica no es capaz de acabar con un buen libro o con un buen autor y eso podría tranquilizarnos a todos, a los críticos, escritores y lectores. Quien tiene boca se equivoca. Peor es mantenerla cerrada. Este libro podría llamarse «Miseria de la crítica», pero no olviden que de alguna forma también encierra su gloria. En cualquier caso serán ustedes, los lectores, los que, como siempre, tendrán la última palabra.

CONSTANTINO BÉRTOLO

Octubre, 1989